



Fecha 2014-03-11 09:56:05 Tema Opini&ouml;n

## El soldadito de El Aai&uacute;n

Lo que voy a contarles ocurri&ouml; hace treinta y cinco a&ntilde;os exactos, casi d&iacute;a por d&iacute;a, en diciembre de 1975; pero me acuerdo bastante bien. Es una historia que en su momento -yo era un jovenc&iacute;simosimo reportero, enviado especial del diario Pueblo en el S&aacute;hara desde hac&iacute;a ocho meses- no me dejaron publicar. No eran buenos tiempos ni para la libertad de prensa ni para otras libertades, pero uno se las apa&ntilde;aba all&iacute; lo mejor que pod&iacute;a. Aunque en esta ocasi&ouml;n no pude. Recuerdo el episodio con mucho sentimiento, por varias razones. De una parte, los &uacute;ltimos sucesos en el S&aacute;hara le dan, para m&iacute;, especial significado. De otra, algunos testigos fueron muy queridos amigos m&iacute;os. Casi todos de los que tengo memoria est&aacute;n muertos, excepto el entonces capit&aacute;n Yoyo Sandino, de la Polic&iacute;a Territorial, que creo estaba presente. Yo mismo viv&iacute; la &uacute;ltima parte del episodio; pero ya no recuerdo qui&eacute;n m&aacute;s estaba all&iacute;, aparte del teniente coronel L&ouml;pez Huerta y el comandante Labajos, ya fallecidos. Acababa de morir Franco, y Espa&ntilde;a entregaba el S&aacute;hara a Hass&aacute;n II. El Aai&uacute;n era una ciudad en estado de sitio, con toque de queda, cuarteles y barrios en poder de los marroqu&iacute;es, y otros a&uacute;n bajo autoridad espa&ntilde;ola. Uno de &eacute;stos era Casas de Piedra, feudo del Polisario; la custodia de cuyo per&iacute;metro, rodeado de alambradas y caballos de Frisia, correspond&iacute;a a la Polic&iacute;a Territorial. En sus sectores, la gendarmer&iacute;a real y las tropas marroqu&iacute;es se comportaban con extremo rigor. Hab&iacute;a innumerables detenidos. Y cada d&iacute;a, muchos j&ouml;venes saharauis, as&iacute; como veteranos de Tropas N&ouml;madas y de la Territorial, hu&iacute;an al desierto para unirse a la guerrilla que ya combat&iacute;a en las zonas abandonadas del este.

Aquella noche, una patrulla marroqu&iacute; que pasaba cerca de Casas de Piedra fue tiroteada desde el otro lado de la alambrada. Los dos soldaditos espa&ntilde;oles de guardia a la entrada del barrio -reclutas de mili obligatoria, destinados forzosos al S&aacute;hara como polic&iacute;as territoriales- se apartaron de la luz, inquietos, y se quedaron all&iacute; hasta que hubo ruido de motores con resplandor de faros, y varios veh&iacute;culos se detuvieron en el puesto de control. De ellos baj&ouml; nada menos que el coronel Dlimi, comandante general de las fuerzas marroqu&iacute;es en el S&aacute;hara, acompa&ntilde;ado por todo su estado mayor y una secci&ouml;n de soldados de las fuerzas reales. Todos, incluido Dlimi, ven&iacute;an armados con fusiles de asalto, y estaban dispuestos a entrar en Casas de Piedra y arrasar el barrio como

represalia por los tiros de media hora antes. Imaginen la escena: la noche, los faros iluminando la alambrada, el coronel en contraluz con todas sus estrellas y galones, y los dos soldaditos con todo aquello encima. Acojonados. Lamento no recordar sus nombres, o tal vez no los supe nunca. Pero esto fue lo que hicieron: mientras uno de ellos echaba a correr hacia donde tenía la radio para avisar a sus jefes, el otro tragó saliva, se cuadró y les dijo a los marroquíes que no pasaban -yo conocí a su oficial superior, el eficaz y duro teniente Albaladejo, y estoy seguro de que el chico prefirió verse resacas con ellos antes que con el teniente-. Como pueden ustedes suponer, Dlimi se puso hecho una pantera. A gritos, descompuesto, mandó al territorial que se quitara de allí o le iban a pasar por encima. Tengo ordenes de no dejar entrar a nadie, dijo este. No sabes con quién estás hablando, etcétera, aulló el otro. Luego blandió su arma e hizo ademán de cruzar la alambrada, seguido por todos los suyos. Fue entonces cuando el soldadito dejó de ser lo que era, un humilde recluta forzoso que hacía a la mili en el culo del mundo, para convertirse en otra cosa. En lo que juzguen ustedes que fue. Porque en ese momento, casi con lágrimas en los ojos y temblando la voz, montó su fusil -clac, clac, chasqueó el cerrojo al meter una bala en la recámara- y le dijo en su cara al poderoso coronel Dlimi, jefe de las fuerzas marroquíes en el Sáhara, estas palabras extraordinarias: «Mi coronel, por mi pobre madre que, como alguien pase de ahí, le pego un tiro». El aviso me pilló en el bar del cuartel de los territoriales, y a Casas de Piedra me fui, quemando neumáticos en el Seat 600 con el cartel Prensa que tenemos alquilado a medias Pedro Mario Herrero, del diario Ya, y el arriba firmante. Tuve oportunidad de asistir al último acto del episodio, cuando llegaron los jefes españoles y tras una tensa negociación lograron que Dlimi se retirase con su gente. En cuanto al soldadito que le paró los pies salvando el barrio de una represalia, no eran, como digo, tiempos para la gloria. Me temo que la única recompensa que obtuvo aquella noche fue el cigarrillo Coronas que el comandante Labajos le ofreció de su paquete, la palmada en la espalda del teniente coronel López Huertas y esta página en la que hoy lo recuerdo.

Este artículo proviene de SaharaLibre.es:

<http://www.saharalibre.es>

La dirección de esta noticia es:

<http://www.saharalibre.es/modules.php?name=News&file=article&sid=7038>